

Esto sacaba de quicio al viejo.

Bueno que se reconociera la imposibilidad de poner remedio, la necesidad de someterse á las circunstancias; pero creer que no había urgencia cuando solo faltaban veinticuatro horas para firmar el contrato y dos días para el matrimonio, esto no le cabía en la cabeza. De buena gana habría puesto de oro y azul, como se dice vulgarmente, á su amigo y discípulo, pero el joven se había hecho casi invisible y Godet había hecho muchas veces en vano el viaje entre Maillepré y Meillant, en busca del conde.

Este, por su parte, apenas dirigía la palabra á María Magdalena cuando iba al palacio impulsado por el sublime desinterés del verdadero amor, que pone sobre todo la felicidad de la persona amada.

Creando á Margarita enamorada de Roger, se esforzaba en preparar la defensa de la pobre joven, por si ésta la necesitaba algún día. Este día llegó antes de lo que el conde de Meillant pudo creer.

XI

La firma del contrato.

A las cinco de la tarde del siguiente día, Pedro de Meillant se apeaba de una victoria conducida por un caballo al pie de la escalinata del palacio de Maillepré.

Por vez primera aparecían en su rostro señales de preocupación, que fueron advertidas inmediatamente por M. Godet, á quien

la llegada del joven había sorprendido sentado en su sillón de junco en el sitio de costumbre.

Algo muy grave debía ocurrir, á juicio suyo, para que se alterase la imperturbable serenidad del conde.

Apresuróse á averiguarlo, pero no obtuvo de aquel más que esta contestación indiferente:

—Nada... esperaba un despacho que no he recibido, y eso es todo.

—¿Un despacho importante, segura-
te?—preguntó el anciano.

—Bastante.

—¿De dónde viene?

—De Bourges.

Pedro de Meillant ocultaba que había recibido de su amigo de Serigné, el mendigo Peschard, una carta concebida así:

«La hora se acerca. Cuando llegue el caso recibireis aviso. Procurad venir al momento. Yo vigilo siempre.»

El conde ocultaba además á su buen amigo M. Godet que había dejado á una persona en el hotel de Francia, con encargo de llevarle sin pérdida de tiempo el despacho cuando llegase.

A pesar de estas precauciones, sentía cierta inquietud, porque si podía salvar á Margarita sacrificando el amor que sentía por ella, se reconocía impotente para arrancar á Blanca, hija de una mujer á quien veneraba, de los brazos de un hombre indigno.

Contaba para ello con un arma decisiva, y no la tenía á su disposición en el momen-

to oportuno; y pasada la oportunidad, era inútil, porque una vez unido á la familia de Maillepré por el matrimonio, el lazo que le unía con ella quedaba en el secreto, y Roland Beroult era invulnerable, porque las heridas alcanzarían al corazón de la duquesa, pasando antes por el de su hija.

Pedro de Meillant no abrigaba duda acerca de la maternidad de la duquesa, aunque M. Godet no le había nunca revelado claramente el secreto.

La comida debía servirse aquella noche después de firmar el contrato de esponsales; pero sin ruido y sin solemnidad, como una fiesta de familia, á la que sólo concurrirían, fuera de los habituales comensales, los testigos de los novios.

Nadie, á juzgar por este programa, podía suponer que la dueña de aquel magnífico palacio casaba á su hija única. Todo lo que podía creerse era que la duquesa cedía complacientemente su parque y su palacio para el matrimonio de la hija de una criada, encargándose, por favor especial, de los gastos de la fiesta que, según costumbre, sigue á esta clase de ceremonias.

La duquesa, más sombría á medida que se acercaba la hora, no había aparecido aún.

—¿En dónde está?—preguntó el conde.

—En sus habitaciones—dijo Godet.—No sale nunca. Este matrimonio es un desastre para la casa.

En este momento vió Pedro venir un jinete á galope por el gran paseo que desem-

boca en la puerta del palacio, y corrió á su encuentro.

Era el propio del hotel de Francia.

—¿El despacho?—preguntó el conde.

—Aquí está.

No contenía más que estas palabras:

«Venid; no hay que perder un momento.»

El conde lanzó un suspiro de alegría.

—¡Dios nos auxilia!—dijo.—¡Al fin!...

Tengo una hora por delante—añadió, consultando su reloj.

—Dí á Marcelo—añadió dirigiéndose al recién llegado, que esté dispuesto para el primer aviso, y ni una palabra á nadie.

—¿Qué es eso?—preguntó M. Godet, señalando al papel azul.

—Lo que esperaba.

—¿Parece que estás contento.

—Sí.

Indicó con un signo el silencio á M. Godet y se dirigió á las habitaciones de la duquesa.

Susana salió á abrir.

—¿Está mi tia?

—Sí, y muy triste... Entrad, señor conde.

La señora de Maillepré más parecía preparada para asistir á un entierro que para firmar un contrato de boda. A su lado, y tan triste como ella estaba Blanca Carol, que al ver al conde se levantó del cojín en donde estaba á los pies de la duquesa, y dirigiéndose á Meillant le presentó la frente, diciéndole:

—Besadme para darme la felicidad, que bien la necesito.

El joven le dió un beso fraternal, y dijo:

—Creed que deseo veros dichosa, querida Blanca. Nunca tendréis amigo tan adicto como yo.

Se oyó el rodar de los coches que llegaban al palacio, y Blanca salió.

Entonces, á solas con el conde, la duquesa dió rienda suelta á su amargura.

—Daría todo lo del mundo por impedir este odioso matrimonio.

Pedro de Meillant cogió las manos de su tía y le preguntó:

—¿De veras deseais eso?...

—¡Ese hombre no la ama... no la ha amado nunca!... ¡Blanca no será más que una víctima!

—¿Creeis eso?

—¡Ay!...

—No temais nada... no se realizará ese matrimonio.

Esto era demasiada felicidad para que lo creyese la duquesa; así es que movió la cabeza con aire de duda.

—No se hará—repitió tranquilamente el joven, con voz tan segura que la duquesa se estremeció.

—¡Oh! ¡Si fuese verdad!...—murmuró.

—Será verdad.

—Pero si se va á firmar ahora el contrato!...

—Dejad que el notario haga cuanto se le ocurra.

—¿Para qué?

—Todo se convertirá en papeles mojados.

—¿Qué quieres decir?

—Creedme... Dejad que haga todo como si el *maire* debiera pronunciar mañana las palabras sacramentales: «En nombre de la ley, os uno...» No unirá nada, creo poder asegurároslo.

—¿Pedro?...—preguntó la duquesa admirada.

—Tía querida—dijo el conde con voz firme,—sabéis cuan adicto soy á los míos, es decir, á vos y á todo lo que os toca: existen dos personas que os son muy queridas, y á las que me propongo salvar: la una es Blanca...

—¿Y la otra?...

—Más tarde os diré su nombre. Debemos ir, como se dice, con pies de plomo. Ahora pienso en Blanca, que no será la señora de Serigné... Pero haced como si hubiera de serlo.

Rodeó con su brazo derecho el cuello de su tía, y, como había hecho con Blanca Carol, besó en la frente á la duquesa.

El futuro abate conocía demasiado bien el arte de acariciar á las mujeres; verdad es que jamás hijo alguno dió más casto beso á su madre que el de Pedro á su tía. Al recibir aquella caricia, la señora de Maillepré oyó esta recomendación hecha al oído:

—Yo sé querer bien cuando quiero. Os juro salvaros; pero ni una palabra á Blanca ni á nadie.

Quando la duquesa, temblorosa de emoción, pero un tanto repuesta de sus angus-

tias, levantó los ojos, la habitación estaba vacía.

Pedro de Meillant bajó cuatro á cuatro los escalones de la escalera principal, dirigiéndose al salón, en donde un notario algo conocido de él arreglaba sobre una espléndida mesa los contratos, según las instrucciones del prefecto.

Este daba una prueba de admirable desinterés, aportando él solo todos los bienes matrimoniales bajo el régimen de la comunidad, y Blanca nada.

M. Roland de Serigné, prefecto de Bourges, poseía una casa en Serigné, algunos inmuebles de poco valor, y una suma líquida de un millón ciento veintisiete mil francos en títulos y valores de primer orden.

Entre el futuro y Mr. Godet, que hablaba en nombre de la duquesa, se promovió un generoso debate acerca de la dote de Blanca.

La duquesa quería dar á su protegida una suma igual á la aportada por el prefecto: éste sostenía enérgicamente su decisión, manifestada desde el primer día, de no aceptar dote alguna.

Con este proceder contestaba victoriosamente á toda sospecha de ambición ó cálculo en su matrimonio.

La marquesa de Lignerés llegó al colmo de su admiración y de su entusiasmo hacia el prefecto.

¡Ah! no sería ella ciertamente quien descubriese los secretos de Mr. de Serigné, especialmente el del pabellón rústico, haciendo

abortar aquella desastrosa unión. ¡No, por nada del mundo!

Pariente de los Maillepré en grado bastante próximo para poder sucederles, había pensado más de una vez en aquella muchacha cuya situación en la casa le parecía sospechosa, dándole mucho que pensar el apego de la duquesa á Blanca y preguntándose la causa de aquellas ternuras y qué clase de lazo los unía, cosa difícil de resolver y que daba margen á muchas conjeturas.

Pero estas quedaban desvanecidas desde el punto y hora en que la señora de Maillepré, Blanca, como decía familiarmente la vieja señora, dejaba á aquella joven casarse sin dote, con el nombre de Blanca Carol.

No quedaba, pues, entre los Lignerés y la opulenta sucesión de Maillepré, más que el conde Pedro de Meillant, sobrino de la duquesa, pero no se sabe nunca lo que puede suceder, y la probabilidad de que éste renunciase por su vocación á los bienes mundanos, alegraba el corazón de la piadosa señora.

En aquel momento unía á este otro motivo de satisfacción, el descubrimiento del pabellón, que le facilitaba el medio de dar dentro de algunas horas un golpe de muerte á la pasión de su hijo.

Margarita ofrecía aquella noche á cualquier observador atento un interesante objeto de estudio.

Estaba metamorfoseada, hasta el punto de admirar á Mr. Godet, que no se explica-

ba la causa de la alegría que había reemplazado á sus habituales tristezas.

Sin embargo, quien la hubiera seguido con atención cuando se retiraba á los sitios ménos iluminados y volvía la espalda á los huéspedes, aparentando mirar hacia el parque, habría sorprendido en su rostro contracciones que acusaban el supremo esfuerzo que le costaba aparecer serena y alegre ante los demás.

En una de aquellas momentáneas retiradas, Roger se aproximó á ella y le tocó la mano, y al volverse la joven el marqués se espantó ante la mirada que le dirigía.

—¿Qué teneis?—le dijo.

—Una indisposición súbita... no se...—balbuceaba—el calor quizá...

La temperatura era bastante baja; pero Roger no paró mientes en ello.

—¿Quereis agua?—dijo con ternura.

—No... ya ha pasado... Gracias—dijo esforzándose por sonreír.

—Cuando pienso—dijo el marqués señalando á Blanca y al prefecto—que muy pronto nos llegará nuestro turno...

Dilatóse el pecho de la joven en un suspiro, fijó sus ojos en los del marqués y pronunció lentamente estas palabras que no debía olvidar nunca:

—¿Muy pronto?... ¿Lo creéis?

—Ciertamente.

—Como queráis... Yo he dado mi palabra; pero tengo un presentimiento....

—¿Cuál?

—Que me la devolyereis,

—¿Yo?

—Si vos, y quizás antes de mañana... ¡Vereis!

El marqués movió la cabeza y agitando el índice de un lado á otro ante la mirada de Margarita, dijo:

—Vos, quizá; yo, nunca.

Y repitió tres veces aquella especie de juramento, que Margarita quería creer, á despecho de las dudas que le asaltaban aun después de oír los juramentos de amor inalterable, sin límites, que formulaba Roger con vehemencia, mientras cogidos del brazo daban vueltas por el salón.

—¿Podía—pensaba ella—extinguirse de pronto un fuego tan vivo?

Roland Beroult observaba atentamente los movimientos y la mímica de la pareja, pues por absorbido que estuviese en su principal objeto realizado con tanto éxito, no olvidaba la cita concedida por la hija del coronel, y la resignación por ésta aparentada, le hacían creer que su víctima estaba satisfecha por haber otorgado la concesión que ponía término á sus ansiedades devolviéndole la libertad á cambio del sacrificio de un momento.

Si Roland Beroult se engañó juzgando por el aspecto de Margarita Souvray, Pedro de Meillant experimentaba verdadera sorpresa ante el cambio operado en la joven, concluyendo por creer que cedía por fin á las instancias de Roger de Lignerés, concediéndole su mano.

Fiel á la línea de conducta que se traza-

ra, el conde de Meillant aparentaba no ocuparse de Margarita, pero se puede asegurar que todos sus pensamientos se dirigían á procurarle la seguridad y la dicha.

El contrato de esponsales se estaba firmando.

Acababa de poner su firma, después de los novios, la duquesa y Mr. de Serigné se inclinaba ante ella pronunciando frases de agradecimiento, cuando Pedro de Meillant se inclinó á su vez ante el prefecto, diciéndole con extremada cortesía:

—¿Seriáis bastante amable para escucharme por dos minutos?

—Estoy á vuestras órdenes—contestó Roland, mirando á su interlocutor con desconfianza.

El conde le indicó un asiento algo apartado del sillón de Mr. Godet.

—¿Estáis decidido á realizar este matrimonio?

—No quisiera ofenderos,—repuso Roland—pero debo preguntaros si estáis cierto de no tener trastornado el juicio.

—Hablad más bajo, señor prefecto—dijo Meillant, encogiéndose de hombros;—vuestra voz es muy penetrante, y, por interés común, sería de desear que esta conversación quedase entre nosotros.

—¿Qué podía suceder en caso contrario?

—Primero podría suceder que me creyese en la precisión de enviaros mis testigos...

—¡Bah!

—Os aseguro que me sería muy desagradable tener una querrela con vos...

—En vuestra calidad de hidalgo os creíais obligado, sin duda, á enviarme al otro mundo de una estocada...

—Podiera suceder muy bien.

—O de un lancetazo, en calidad de médico, porque lo sois, según tengo entendido.

—No os han engañado al decíroslo.

—En suma: ¿de qué se trata?

—Voy á decíroslo; pero ante todo sabed que conservo todo mi juicio. ¿Estais decidido á llevar esta aventura hasta su fin?

—¿Mi matrimonio?

—Exactamente.

—No dudéis que si.

—¿Estais enteramente decidido?

—Voy á contestaros, según deseais. Mañana, á medio día, Blanca Carol habrá cambiado de nombre y se llamará la señora de Serigné. Esto es absolutamente cierto; y aun me atreveré á añadir que si realmente teníais intención de oponeros al matrimonio, habéis llegado algo tarde.

—Es que deseaba ver hasta dónde llevábais vuestra osadía. Ahora me permitiré daros un consejo.

—Os ruego tengais en cuenta que no os lo he pedido.

—A pesar de eso, voy á dároslo.

—Es el colmo de la obstinación.

—Será así, lo reconozco; pero cuando tengo una idea no desisto de ella. Os recomiendo, pues, que renunciéis á vuestro proyecto...

—Sólo os diré que ese proyecto será una realidad antes de veinticuatro horas. ¿Seriáis bastante amable para decirme en qué

calidad os tomáis la molestia de preguntarme?

—No tengo inconveniente. Soy el conde Pedro de Meillant...

—Lo sé...

—El pariente más próximo de la señora de Maillepré. Además, como aquí no hay más que señoras, soy en este momento el jefe de la familia.

—Muy bien.

—Habéis hecho ya mucho mal en vuestra vida, señor Beroult, y tengo el propósito de oponerme á que lo hagáis en adelante.

—¡Oh! ¿Decididamente tenéis esa intención?

—La tengo.

—¿Si no me equivoco, esto es una declaración de guerra por vuestra parte?

—Sin duda alguna.

—Es admirable. Se me había asegurado que erais hombre de gustos pacíficos.

—¿Os han dicho eso, señor Beroult?

—Sí, y que no os ocupabais más que en la práctica de las obras de misericordia.

—¿Y no es una de ellas desembarazar á las familias de seres perjudiciales.

El prefecto hizo como que no entendía, dispuesto á divertirse á costa de aquel enemigo de aspecto tan dulce, que le decía con la mayor tranquilidad verdades tan crudas.

—También me han asegurado—añadió—que pensabais haceros sacerdote.

—Y no he renunciado á ello.

—¿Os habré desagradado entonces hasta

el punto de haceros romper vuestros hábitos conciliadores?

—Podría ser; pero antes tenía que proponeros un arreglo.

—Veamos.

—Decía hace poco que habiais hecho mucho daño.

—Eso es una suposición.

—Poco importa. No os impido continuar; siempre que no sea en mi terreno...

—¿Vuestro terreno?—dijo el prefecto apartando reflexionar.—Es justo. Sois sobrino de la señora de Maillepré.

—Acabo de decirlo.

—Y su heredero eventual... Comprendo pues lo que podría perjudicaros, á menos de que no apareciese algun heredero directo de M. de Maillepré ó de la duquesa.

—Tenéis razón; pero no me preocupo en este instante de mis intereses.

—¿Queréis concluir, entonces, señor de Meillant? Porque el tiempo apremia.

—Es verdad—dijo el joven mirando su reloj.—En dos palabras: si renunciáis á este matrimonio, os prometo no ocuparme más de vos.

—Sois verdaderamente generoso—dijo irónicamente el prefecto.

—Más de lo que podéis suponer, pero esta no es la única condición.

—Adelante.

—La otras es—entendedlo bien—no volver á poner los piés en esta casa y no mezclaros directa ni indirectamente en los asuntos de los que habitan en ella y están en re-

lación con la señora de Maillepré, sea como parientes ó como servidores. ¿Está claro?

—Seguramente. ¿Y á este precio?...

—A este precio os dejaré gozar tranquilamente el fruto de vuestras especulaciones y continuar vuestra carrera política.

—Es muy original, por cierto.

—¿Rehusáis?

—Enérgicamente. Con toda franqueza, en este trato vos ganarías mucho y yo muy poco. Y además, ¿qué diría Blanca? Tengo, por consiguiente, el sentimiento de negaros esta pequeña satisfacción.

El conde saludó al prefecto con la misma cortesía que al comenzar la conversación.

—Ya tendré el honor de volveros á ver— dijo á Roland.

—Nadie hubiera podido suponer que aquella conversación había sido una verdadera declaración de guerra. Sólo M. Godet presentía que los dos interlocutores no discutían de acuerdo.

Cuando Pedro se separó de Roland, M. Godet llamó á su discípulo con la mano.

—¿Qué deciais á ese Beroult?

—Poca cosa... que haría bien renunciando á su matrimonio.

—¿Así, sencillamente?...

—Sí, muy amistosamente.

—¿Y ha rehusado?

—Desde luego; pero ha hecho mal.

—¿Por qué?

—Porque, aquí para entre nosotros, yo pienso impedirlo.

—¿De qué manera?

—No lo sé aún de cierto; lo meditaré.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo, en cuanto me ponga en marcha.

—¿Nos abandonas?

—Al instante.

—¿Y cuando volverás?

—Creo que mañana.

—Ya sabes que el matrimonio se celebrará á las diez.

—Dispongo aun de quince horas. Es bastante.

—Según.

—En quince horas con un buen caballo y el ferrocarril, se pueden andar muchos kilómetros.

—¿A dónde vás?—le preguntó el anciano inquieto.

—A los alrededores de Tours.

—¡Diablo!... es muy lejos. ¿Y con qué objeto?

—Voy á buscar el medio de obligar á M. Beroult á que nos libre de su presencia.

—¿Y si no lo logras?

—Pasaré por Bourges y consultaré con un abogado.

—¿De qué te servirá eso?

—Para detener la marcha de este intricante. En Francia se encuentra siempre medio, con un abogado habil, para detener cualquier asunto. Así ganaré tiempo para hacer otras investigaciones.

—¿En dónde?

—En París.

—¿Y piensas encontrar allí lo que necesitas?

—Sí.

—¿Y si las cosas no suceden como tú deseas?

—Abofetearé al prefecto en medio de la calle, con un pretexto cualquiera... un pretexto siempre se encuentra... y si no es el último de los cobardes, le enseñaré una de esas bonitas estocadas que me habeis enseñado.

—Mal paso para un abate—dijo M. Godet;—pero ¿por qué no comenzar por ahí?

—Ya sabéis que hay gentes con las cuales no gustan las cuestiones. Y después hay que pensar en esa pobre Blanca, que lloraría mucho á su futuro... Morir de tan hermosa manera es para gentes honradas. Mientras de otro modo creo que me agradecerá más tarde el haberla desembarazado de él.

—Vaya, bien—dijo el viejo muy emocionado;—puedes triunfar.—¡Qué encantador serías si abandonases tus extravagantes ideas de monje!

—Quisiera poder prometéroslo, pero no puedo.

Los dos amigos se estrecharon las manos. El conde miró por última vez al salón, buscando con la vista á Margarita Souvray, que se apoyaba con abandono en el brazo de M. Lignerés.

El corazón de Pedro se oprimió y se pasó la mano por los ojos como para desvanecer aquella visión.

—¡Hasta mañana!—dijo á M. Godet.

Cinco minutos después, su victoria había franqueado la verja de Maillepré.

En el gran salón se anunciaba entre tanto:

—La señora duquesa está servida.

A las diez el carruaje del prefecto tomó el camino de Bourges. Poco antes de partir, la señora de Lignerés vió á Roland decir algunas palabras á Margarita, que se inclinó ante él.

M. Godet se dirigió á sus habitaciones, en el piso bajo y, según su costumbre, porque los viejos duermen poco y suelen tener sus manías, registró los dos departamentos de que se componía, deteniéndose ante una panoplia de armas raras, coleccionadas con verdadero gusto de aficionado artista y rico.

De pronto corrió hacia la chimenea y tiró del cordón de la campanilla.

A los pocos momentos se presentó el ayuda de cámara, antiguo soldado, que respondía al nombre de Geraud.

—¿Quién ha entrado aquí?—le preguntó M. Godet con severidad.

—Aseguro al señor...—balbuceó Geraud.

—¿Y esto?—preguntó M. Godet, señalando con el dedo hacia un gancho dorado que brillaba sobre el fondo de peluche grana.

Geraud se contentó con abrir la boca.

En efecto, faltaba de aquel sitio un precioso puñal que se suponía perteneciente á los Médicis.

Quizá esto no fuese exacto, pero en ninguna cosa salva tanto la fé como en materia de colecciones.